

The secret places of the heart

El freudismo entró en H. G. Wells. Richmond Hardy—su personaje íntimo—se pone en manos del neurologista Martineau, para poder descubrir los motivos secretos de sus acciones y de sus sentimientos. La exploración de los lugares ocultos del corazón empieza.

Pero Wells, sigue siendo Wells, pese a la conquista eminente que de Wells hizo el Dr. Freud. Mr. Richmond Hardy, el personaje último que creó el novelista inglés, más que una ofrenda a la psiquiatría, es un continuador fervoroso de las ensoñaciones wellianas. Naufrago entre dos mujeres—Miss Martin Leeds y Miss Gramond—su caso es menos visto por el analista que por el sociólogo. Sobre el analista flotan las canciones del esperanzado: el universo sin petróleo, sin carbón y sin besos, en el cual los miserables saborean una sistemática felicidad. Sobre el diseccionador se sostienen las relampaguentes opiniones del vidente a propósito de las futuras civilizaciones.

Lo que quiere decir que aún hay más wellismo que freudismo en la última obra de Wells.

¿Será así mañana?

Un poeta comunista

HEMOS oído recitar sus versos al poeta oficial del Comunismo ruso, Wladimiro Maiakovsky, en jira de propaganda lejos de su Patria.

Wladimiro Maiakovsky pasó su juventud en París y, lleno de Marinetti, trajo de embajada a Rusia los estruendosos futurismos del renovador italiano. Dícese que sus palabras rojas sangraban revolución, revolución lírica y revolución social. Al recitarlos, levantaba los brazos imprecantes; su voz tenía encrespamientos de pleamar. Ululaba.

Ulula aún hoy Wladimiro Maiakovsky. Pero—oh desencanto—ya la revolución poética y social de su poesía, la encontramos más en su voz y en sus brazos que en la esencia lírica y anarquizante de la palabra. Sus puños se mueven más amenazadores que nunca; delante de ellos se tiembla por algo invisible amenazado de un inevitable *knock out*. Su voz es tromba que revienta y se forma para volver a reventar y a formarse. En cuanto a la poesía y a las ideas del poeta—poeta de cabellos revueltos y alto *sweater* color de girasol—la encontramos profundamente aburguesada.

Y nada tan triste como un aburguesamiento en quien exhibe, por todo mérito, patente de eterna revolución.

Cristo bizantino

NINGÚN Cristo refleja el dolor sombrío que reflejan los Cristos bizanti-

nos. Están heridos con terrible profusión. Los envuelve una cabellera de tinieblas. Se esparce apasionadamente la agonía en sus cuerpos. En sus ojos se cristaliza el horror. Son cuatro en vez de tres—los clavos que atraviesan sus pies y sus manos santas.

Y es que para los que habfan visto danzar en el circo a Theodora desnuda y sabfan el alma ahogada en pecado de Theophano, la lasciva y de Andrónico Comneno, el aventurero, la persuasión se había hecho de que Cristo no pudo padecer para redimir a los otros pueblos lo que padeció para redimir a Bisanzio.

Signos del tiempo

ENTRAMOS en la biblioteca de un Monasterio. Sobre una mesa de estudio hallamos *La Ilíada*, la *Eneida*, la *Teodicea*, el *Tratado de las Virgenes*, los Sermones del Crisóstomo... y dos volúmenes de Lenine con las teorías bolcheviquistas.

Un monje

Nos habla un monje a la sombra de unos limoneros cargados de fruto.

«¿Para qué buscar la felicidad si la vida dura lo que dura un suspiro?» ¡Oímos atentos! Lo mismo que nos dice hoy el monje nos lo había dicho ayer Omar Khayyam. Pero Omar Khayyam para alegrar la vida—turbia claridad entre dos nada—nos recomendaba el amor, la embriaguez, el murmurio de las flautas de Irak en las noches de luna, las purpúreas rosas que se deshojan cansadas en el viento.

Y el Monje nos dirige a Dios, fin de nuestra terrena vida—camino oscuro

que va hacia el Eterno Alcázar de las Puertas de Oro—. No os alejéis de El, nos dice. Rogad. Pedid! No os importe dejar penitentes huellas de sangre en la cuesta dura. Que vuestros ojos no se aparten del cielo. La flor del limonero, al abrirse, se abre de cara a la tierra: es porque no ve la azulada bóveda que el fruto que nace de la flor nace amargo.

Y las manos del Monje se levantan pálidas, inspiradas, hacia los árboles cargados de verdes limones y de amarilla sombra, hacia los árboles que ofrecen a la tentación de los hombres—, como la vida—, su fruto tan oliente, tan amargo, tan bello, tan áspero, tan prometedor... y con un infierno de hiel oculto en las entrañas.

El Prior

CERRADO y natural se parece al Dom Blasio que pintó el Perugino. Nada lo revela. Una fortaleza sobrehumana lo hermetizó. Pero nosotros lo hemos adivinado ardiente y lleno de locuras infinitas. Fué delante de una copia del *Martirio de San Bartolomé* del Ribera. Tendió la mano y nos mostró el cuerpo del Santo dolorosamente desnudo de su piel. El Prior temblaba. «Qué felicidad—, nos dijo—, la de presentarse a Dios con esta salvaje desnudez de martirio. Bien se lo hemos gritado al mundo que nosotros ofrecíamos el corazón. Nadie se ha presentado a arrancárnoslo». No dijo más. Bebiendo una lágrima de fuego, el Prior volvió a cerrarse, a naturalizarse, a parecerse al Dom Blasio que pintó el Perugino.

RAMÓN VINYES.

(*La Nación*, Barranquilla).

Lord Morley

DÍAS pasados ha muerto en la Inglaterra uno de los hombres que representa una época que no sabemos si volverá a conocer el mundo. Lord Morley personificaba una gran tradición: la del prócer que dedica la vida con el mismo entusiasmo a la vida pública y a las letras. Este tipo de hombre se ha dado con alguna frecuencia en el siglo pasado. Representaba un gran equilibrio de facultades y hasta de conducta, pues, como ya decía Lamartine:

Il faut se séparer de la foule pour penser et s'y confronte pour agir.

(Hay que separarse de la multitud para pensar—y confundirse con ella para actuar). Sólo el hecho de hacer al mismo tiempo vida de político y vida de gabinete implica una rara serenidad, que no sabemos si tendrán, en lo futuro, los hombres públicos, o

si se la dejarán tener los demás hombres o meramente el curso de los hechos.

Para lord Morley era cuestión de principios esta armonía del pensamiento y de la acción. Era un gran biógrafo y una gran ensayista.

A su pluma se deben las biografías de Oliverio Cronwell, sir Roberto Walpole, Edmundo Burke, Ricardo Cobden y Guillermo Gladstone, que cuentan entre las mejores de Inglaterra, en un país donde la biografía es uno de los más importantes géneros literarios. Era, además, uno de los pro-hombres del liberalismo británico, miembro del Gabinete Asquith hasta que, al declararse la guerra, su oposición le hizo retirarse del Gobierno, con Mr. John Burns, el antiguo laborista londinense.

No hay un escrito de lord Morley en que no se perciba el toque de clarín que llama a los hombres a la acción y